

## La tragedia de Alim

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

-¡Haz explotar esa bomba!  
¡Mata! ¡Destruye!  
-Defiéndelo a Él y obtendrás de recompensa el paraíso que tiene ríos de miel y leche. Hermosas vírgenes serán tu delicia por siempre-. Mientras tanto, Alim se imaginaba el paraíso, uno para hombres que como él, querían defender a capa y espada a Alá de los sacrilegios de esos perros infieles.

El maestro seguía su prédica; barba enteramente cana y ojos brillantes como el carbón hacían un contraste entre la vejez y la juventud. Alzaba las manos hacia el cielo, lo señalaba y les indicaba el glorioso camino de los elegidos.

Los acólitos fijan la vista en él, con admiración y respeto. Una audiencia compuesta de jóvenes palestinos, sirios, árabes, iraníes y de otras nacionalidades, tales como europeos y gringos, unidos por una ausencia de pertenencia, por una desestructuración cultural impresionante. El emotivo discurso los tomaba en cuenta, los hacía sentirse útiles y les daba un férreo compromiso por una causa que era algo nuevo para ellos y ellas.

-Todos los que mueren por Él en la yihad tendrán un harén de las más voluptuosas vírgenes que puedan imaginarse. Podrán refocilarse a su gusto.

Imaginen, eternas vírgenes por siempre-. La audiencia anonadada se sentía una familia, evidentemente un sentimiento nuevo para ellos.

Así les dijeron. Así quedó establecido. El ulema también quería llegar a tal paraíso mediante la yihad –tal y como la concebía-, pero ya no podía luchar la guerra santa, era muy viejo. Mientras tanto Alim, ilusionado, empezó a mascar y comerse dicha propuesta que no es nada desagradable. Solo falta perder el miedo. Solo falta un grado de coraje para hacer lo que se debe y optar por tan suculento premio.

Alim se lo imaginó. ¡Vivir como los grandes de la fe! Poseer un harén tal como los piadosos grandes señorones que viajan en Mercedes y gastan sus petrodólares en lujos y placeres. ¡Todo por Él! ¡El sublime! ¡El misericordioso! según lo ha proferido el ulema del grupo de adoctrinamiento. Ríos de leche y miel, bellas doncellas. Pasaría de ser un simple pastor que sufre el inclemente frío por la noche y fuertes calores durante el día, reculando con sus ovejas en esa árida tierra en que vive, a un héroe aclamado por su pueblo.

¡Un paraíso! Vivir la eternidad en un paraíso. No como acá, en esta tierra donde hay que tomarse el agua caliente

y de feria contaminada, en medio de una nube de polvo igualmente caliente. ¡Y las mujeres! Siempre enfundadas en esas burkas, sudadas, algunas se parecen a sus amigos de juergas y las bonitas ya están dadas a los señores poderosos, sí, a aquellos señorones que viajan en lujosos vehículos por el desierto.

¡Ah! ¡El paraíso!

Pasaron los días y solo pensaba en el paraíso, en sus vírgenes y sus maravillas. Se imaginaba desnudo, retozando al lado de cientos de vírgenes y bañándose en un tranquilo y fresco río. El balido de una esperpéntica oveja lo sacó de sus sensuales ensoñaciones.

\*\*\*

Manos, pies, restos de carroña humana untada en las ruinas de las hasta hace unos minutos lujosas paredes del hotel contaban con elocuencia la tragedia. Humo, olor a pólvora y químicos, aroma de sangre oxidándose y a carne y pelo quemados. Gente gritando. Sirenas de ambulancias y carros de la policía. Reporteros enredados en los cables de las móviles de sus respectivas agencias noticiosas. La explosión se escuchó a varias cuadras de la romántica ciudad. Nunca se supo cual de todos los restos rescatados y medio carbonizados pertenecían a Alim, quien en ese momento dejaba su terrenal existencia y viajaba entre frescas calinas hacia el prometido paraíso.

Llegó, después de viajar entre estrellas y cometas, hasta una puerta gigantesca decorada con arabescos de oro y plata. La enorme puerta empezó a abrirse lentamente, sin prisa, sin sonidos. ¿Cuánto tardó en abrirse? Un minuto, un siglo, milenios acaso. ¡Ya no importa! El tiempo ya no tiene sentido. La humana prisa ya no existe. Sus dos hojas lujosamente talladas se separan

hasta dejar paso franco al bueno de Alim, quien tímidamente avanzó entre una fresca calina.

Después de recorrer un sombreado sendero, llegó a prados verdes con flores de todos los colores y delicados aromas. Orgullosos pavorreales se contonean mostrando la maravilla de su cola expandida. Una iridiscencia de tonos azules y verdes se refleja en la corriente de un sereno río de leche y miel que contorsiona su cauce hasta un lago que resplandece en lontananza. Aves del paraíso se posan en las ramas de un manzano cargadas de frutas rojas y aromáticas. En la vera del río retozan hermosas vírgenes desnudas escuchando la melodía de arpas y flautas que ejecutan con maestría gráciles mancebos de piel de tono caramelo.

Ese bucólico paisaje dejó boquiabierto al admirado Alim. Frente a él, cuerpos blanquísimos como la leche o pieles de negra belleza de ébano cuya textura asedada se cubría con la blanca corriente del río. Varias sensuales miradas lo invitan a retozar en sus veras. Se acerca. Se observa en la corriente y se ve enteramente desnudo. No se incomoda. Se acuclilla y hunde las cuencas de sus manos para tomar de esa fresca leche, pero esta no queda en sus manos. Acerca su rostro para beberla pero sus labios no pueden sorberla.

Se levanta, incrédulo, inseguro, pero la vista de las bellas vírgenes le hizo olvidar su frustración. Se aproxima al grupo de cuerpos desnudos. Pese a que siente un gran deseo que rebasa sus sentidos, el éxtasis no llega a su cuerpo. Se acerca a una de las doncellas que lo observa y le obsequia una provocativa sonrisa. Alarga su mano para acariciar ese terso vientre pero no pudo sentirlo. De repente, el grupo de

vírgenes y mancebos se aleja como una exhalación hasta quedar a la distancia de la que inicialmente se encontraban. Entonces Alim, insistente, se aproxima, alarga su mano pero no siente roce alguno con tibia carne palpitante de deseo y, nuevamente, el conjunto de cuerpos se aleja. Observa, entonces, que todos los rostros lo miran con ironía y las bocas emiten estridentes risas de jocunda burla.

¿Qué está pasando? ¿Qué ocurre? ¿Acaso no ha muerto por Él? ¿Acaso no ha defendido su causa? ¿Acaso...? ¿Cuál causa? Recordó entonces su adoctrinamiento: "...Imagina, eternas vírgenes por siempre." Por siempre, por siempre, siempre. ¡Eternidad! Esa palabra queda revoloteando en el

pensamiento de Alim, con una cruel y desgarradora realidad. ¡Esas doncellas serán vírgenes por siempre! Por siempre serán eternamente vírgenes y él a desearlas por siempre, a tener sed por siempre sin realmente sentirla. A tener deseos por siempre sin realmente sentirlos. ¡Por siempre! Nunca podrá tener contacto carnal, pues ahora ya no es carne, sólida, palpitante carne llena de deseo y de vida. Son simples visiones producto de sus terrenales deseos.

¡Oh, por Alá!

Entonces vio claro. En el colmo de la consternación y del terror, justamente en ese instante, tuvo conciencia. Las maravillas que lo rodean y que deseó en su vida, serán su indeseado, su fatídico eterno infierno.

## Las lágrimas del perro

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

**A**yer mi perro ladró como un desesperado por casi diez minutos. Tiempo suficiente para volverme loco, mínimo chiflado. Bajé al patio. Oteé en dirección al fondo, donde las enredaderas suben pegaditas a la tapia y no vi nada especial. Entonces en el pensamiento de que tendría hambre y sed le puse buen alimento y agua.

Una vez bien acomodado en mi asiento favorito seguí disfrutando del

programa de televisión. Vuelve a ladrar y a ladrar mi perro, pero esta vez acompañado por otros ladridos de los canes del vecino. Decidí no dar importancia al asunto hasta que no se callaran o se reventaran.

Por la mañana, conversando con mi vecino sobre el desatino que en la noche tenían los perros, me contó que se dice que a cierta hora de la noche, los perros logran ver seres sobrenaturales que los humanos no podemos observar. Almas

en pena de recientes difuntos que aún vagan extrañados de su nueva condición metafísica. O abortos del infierno que salen en las noches a regar maldades. Entonces me dijo algo realmente extraño. Me comentó que uno podía percibir lo que ven los perros si se unta las lágrimas del perro en los ojos.

¡Qué asco! ¡Y en los ojos! ¿Cómo se te ocurre tal idea? ¿Estás loco de atar o qué te pasa? ¡Es estar demente! ¡Y de plano creer en esos cuentos góticos en pleno siglo XXI! Después de hacerle la chacota, ingresé en mi casa y me puse a leer.

En la noche, otra vez los perros empezaron a ladrar. ¡Qué pereza! ¡Quién sabe qué coños estarán viendo! Bajé al patio y en ese momento me acordé de la tétrica historia que me largó mi adorado vecino por la mañana. Palabra que el pelo de la nuca se me erizó y algo de frío corrió por todas mis carruchas hasta la zanja de ya saben dónde.

Almas en pena, duendes, trasgos... Me acordé de que apenas diez días antes murió uno de los vecinos del barrio. Di una disimulada mirada al fondo del patio pero nada vi como no fuera las enredaderas pegadas a la tapia y una que otra cucaracha que orondas manosean la comida del perro. Pero por un si acaso, me metí como un soplo a la casa y cerré violentamente la puerta.

¡Lágrimas de perro! ¡Qué ocurrencia! Sin embargo, en ese momento me rondaba en la cabeza como una idea acariciable ... pero ¿qué estaba pensando? Olvidé el asunto y me puse a ver la televisión. Pero seguía con la idea de las lágrimas de perro. Si me las untara lo que conseguiría serían pulgas, lamerme eficazmente ahí abajo y oler los traseros en las reuniones de la universidad. ¡Que me maten! ¿Se imaginan qué cuadro?

Pero el cuento de las dichas lágrimas siguió revoloteando por mi azotea, más cuando ladraban los perros del vecindario, en cuenta el mío, sin un motivo aparente. Era definitivamente una idea descabellada, como la cabeza de Koyak o la de Gandhi, pero era -debo reconocer- perturbadora.

¡Lágrimas de perro en los ojos! ¿Los perros lloran? Claro que sí. Un día ya lejano regañé a un perro que tenía y al momento le corrían lágrimas por sus mejillas. ¿Los perros tienen mejillas? Bueno, por la cara. Por su cara. Sin embargo, es intrigante saber qué perciben los perros en la noche. No sea que espíen a la vecina cuando está en trajes ralos y seductores.

El otro día en la oficina, me sentía perturbado. En un rato libre consulté a “Googlo” o como se llame, nunca lo pronuncio bien. Apareció una serie de datos, artículos muy conversados sobre el tema. ¿Cuál? Realmente nunca supe cuál tema específicamente estaba consultando, pues no entendí cómo entrarle al asunto de la investigación de las lágrimas del perro. Lo que me salió fue el tema de las lágrimas del perro azul. ¡Y debo de reconocer que no me sirvió porque el mío es café!

En fin, decidí experimentar con las famosas lágrimas de perro. La cosa es que por más que regañé al perro, conchudo como él solo, no le dio la gana de ponerse a mariquear. ¿Cómo carajos, entonces, sacarle lágrimas al bicho ese? Sería más fácil peinar a un calvo o pellizcar un vidrio. Pasaron varios días y el tiempo que es el mejor remedio me hizo desinteresarme por el tema, total solo un chiflado podría tomarse ese cuento con seriedad.

Pasaron varios meses hasta que una noche empezó a ladrar el perro de

manera descontrolada, seguido por los perros de los vecinos. Salí al patio y encendí la luz y lo vi. Tenía lágrimas que corrían por sus ¿mejillas?, bueno, por su cara y me acordé de sopetón del cuento de las lágrimas. Le tomé la cabeza y observé. El perro definitivamente estaba inquieto, como nervioso, o eso me imaginé en ese momento. ¡Entonces lo hice!

Tomé con el dedo índice una lágrima, dudé un segundo y luego abrí bien mi ojo y me pasé el dedo por el párpado inferior y luego lo cerré. Hice lo mismo en el otro. Sentí un leve escozor en ambos ojos y eso fue todo. Apagué la luz y volví a ver el fondo del patio. Ahí seguía la enredadera agarrándose bien a la tapia, la copa del árbol del vecino asomándose descaradamente a mi patio, unos geranios que estaban produciendo flores y olores sabrosos, junto a la sombra humana que se localizaba en el fondo...

¡Oh, por Dios! ¡Una sombra humana se recortaba bien en el claroscuro de esa noche! Empezó a desplazarse y cuando la tuve a un par de metros de mí, lo reconocí. ¡Era Claudio! El fantasma de Claudio, mi vecino que se mató en un accidente en moto hará una semana. ¡No me saludó! ¡Siempre fue un cabrón hartado! ... ¡Pero qué digo! ¡Es un difunto! ¡Cómo diablos quiero que me salude! Extendió los brazos y siguió caminando como si la tapia lateral no existiera y la traspasó, al igual a lo que hice en ese momento y que fácilmente traspasó mi pantaloneta.

¡No me importó! Salí como cohete hacia la seguridad de mi casa.

Me senté en uno de los sillones de la sala, todavía con un serio temblor en las piernas y manos, las que estaban frías como un tuco de hielo. Pero en eso vi otra forma humana que se materializaba y caminaba por el pasillo de mi

casa. Era una anciana a la que nunca había visto en mi vida. Como comprenderán, yo estaba de piedra, agarrotado, no podía ni moverme del susto, del terror, sin quitarle la vista a esa vieja que se acercaba sin verme, con ese rostro desencajado, pálido, y unos ojos profundos, horrorosamente abiertos. Me levanté con mucho cuidado, como para no hacer sonido alguno que provocara a la vieja esa y se me tirara encima y me acerqué a mi habitación.

Luego de que el demonio perro volviera a ladrar, no quise saber nada más y corrí a mi cama y me zambullí en las cobijas y me cubrí hasta la cabeza. Al rato sentí que me halaban la cobija y saqué un ojo y vi a Claudio, mi ex vecino, con el rostro pálido, parecía un muerto. ¡Pero qué diablos digo! ¡Es un muerto! Me levanté de la cama como un rayo, tomé mis llaves, abrí atropelladamente la puerta y salí gritando a la calle.

En la esquina pude ver al carajillo al que un furgón había dejado como una estampilla hace un año, arrastrarse por el asfalto, me lo brinqué de la velocidad que llevaba. Llegué al abastecedor, gritando, con los ojos desorbitados. Señalaba con la mano temblorosa a todos los finados que vagaban por la noche, uno de ellos traspasó a una corpulenta matrona que estaba pagando la cuenta y ni se enteró cuando el fantasma la traspasó. La corpulenta doña salió contando el vuelto y chocó de frente con un joven difunto que murió en un accidente de moto, y que aún llevaba la manivela de la moto bien incrustada en su cráneo, y de nuevo ni se enteró de nada. ¡De volverse loco!

Alexis, el dueño del abastecedor, me tomó por un brazo y me llevó a la trastienda y me preguntó si estaba otra vez borracho. Le contesté, entonces, entre

convulsiones y escalofríos terribles que eran las lágrimas del perro, que los muertos vagaban, que las lágrimas del perro eran poderosas, que uno veía cosas, por lo que los canes ladran en la noche, que los difuntos no compraban nada en el abastecedor, pese a que estaba atestado de ellos. Terminé sin respirar mi maratónica jerga y me quedé viéndolo con ojos rojos, enloquecidos.

Me dijo que respirara, que no me entendía lo que estaba diciendo. Entonces lo empujé porque en su dirección venía desplazándose otra alma en pena. Fue tal la fuerza que lo dejé acostado cuán largo era en el piso del negocio. Ante mi acción, la gente se alarmó. Alguna decidió irse, otras empezaron a llamar por el celular, mientras yo seguía llorando, riendo y gritando, tal era el terror que sentía en ese momento. Hablaba con todo el mundo sobre las lágrimas del perro, sobre los difuntos que caminaban, como Claudio, sobre el chamaco estripado en la carretera, lo poco que le lucía la manivela al chavalo de la moto, en fin un enredo terrible. La gente me veía esta vez con compasión, una santa y benévola compasión, como si estuvieran viendo a un loco de atar.

Luego ... Luego solo escuchaba sirenas, posiblemente de ambulancia. Entre las almas en pena podía observar gente de blanco que me inyectaba, me tomaba mis signos vitales y luego me montaba en una camilla y me introducía a lo que creo es la clínica de mi cantón. Después no supe más de mí.

Ahora estoy acá. Esta historia la escribí en una de las acolchadas paredes y con un bolígrafo que logré robarle al guarda. A veces me vuelve el efecto de las dichas lágrimas y empiezo a ver difuntos por todas partes, pero ya me voy acostumbrando a ellos. Total es posible que dentro de poco tiempo me les una. El punto es que mi historia no ha sido creída, aunque haya jurado y rejurado, nadie me cree. ¡No los culpo! Realmente es una historia inverosímil.

Espero que el efecto de las dichas lágrimas se pase pronto. Quiero salir de acá, para retomar mi vida cotidiana. Deseo sumergirme en la vida que perdí por mi maldita curiosidad, por mi necesidad por saber qué perciben los guatos en la noche que me movió a usar las malditas lágrimas de perro.

## Una dulce visión

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Sentado en el trascorredor de mi cabaña (mi cabaña por largos diez días) escuchaba el concierto de miles de chicharras que a todo pulmón le cantaban a su prelude de muerte. Oteaba el follaje. Plantas de todo tipo y formas se mezclaban en un revoltijo caótico de vida. Abajo, la quebrada arrulladora corría mansa, diáfana, produciendo una cadencia monótona suspendida en el tiempo. Es la sinfonía del bosque.

¡Algo se movía en el follaje! Agucé mi vista y los pude ver.

¡Sí! Los vi enredados entre las hojas, lianas y troncos.

¡Ahí estaban!

Unos pequeños duendecillos jugaban entre el lujuriente follaje. Saltaban, corrían, los oía reír. Sí, los escuchaba. Era una risa formada por el canto de los pájaros, por el murmullo del agua, por el roce de las hojas movidas por el viento, por mi respiración reposada. Se perseguían haciendo zigzag en el suelo. Seguían ahí, jugando. En un momento estaban y en otro desaparecían. Dueños eternos del bosque

y sus secretos. Yo, sentado los observaba. Maravillado. Dispuesto a unirme a su excitante juego.

¡Cómo se movían!

¡Cómo se divertían!

Añoré mis días de infancia a tal punto que mi niño encerrado ha mucho tiempo salió a unirse a ellos, a corretear encantado por el bosque y disfrutar de sus maravillas.

Las tinieblas empezaron a cubrir el bosque, la penumbra del crepúsculo. Un bello crepúsculo de verano que empezó a pintar de matices oscuros el follaje. Entonces me di cuenta de que ellos viven en la luz, porque empezaron a languidecer. Ya no tenían la agilidad de juguetones cervatillos. ¡Entonces me di cuenta! Eran parches de luz que tintineaban por el movimiento del follaje empujado por el juguetón viento. ¡Eso era lo que veía! Por eso se disuelven al llegar la noche.

Con la oscuridad llegó mi serenidad de hombre maduro. Me levanté y me dirigí a dar cuenta de mi cena. Empezaba el concierto de sapos y grillos.

## Una risa nocturna

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Que no hay que creer ni dejar de creer, es un refrán que se las trae. ¡De que hay misterios, los hay! Solo que debemos mantener la mente abierta, serena, despejada. Muchos cuentos e historias naufragan en el escepticismo de las mentes analíticas señoreadas por el racionalismo cartesiano, pero encuentran reposo en mentes más soñadoras, más poéticas, en mentes como las de Manrique, el protagonista de la romántica e inmortal leyenda de Bécquer. Que no hay que creer ni dejar de creer, es un decir popular que pretende simplemente llegar al justo medio aristotélico, entre el racionalismo y lo cotidiano.

En una actividad académica de geología que cada año se desarrolla, un grupo de estudiantes, choferes y profesores estuvieron concentrados en un lugar alejado, allá en la Fila Costeña. Un centro turístico que tiene una casa vieja de madera, al estilo de las viviendas que se construían en los años cuarentas y cincuentas, a la que se le adicionó un suculento rancho de redondos troncos de madera que hacía las veces de comedor, muy acogedor debo reconocer. Una baranda de madera circunda

el edificio y le da un agradable aspecto con vista a las montañas y al bosque secundario que se pretende proteger.

Alrededor de la casa y comedor, a diferente distancia hay albergues, rústicas cabañas inmersas en una lujuriosa vegetación, abundante en todas las tonalidades del verde. Un agradable riachuelo corta la finca y ofrece una frescura al lugar, además de arrullar a los habitantes de las cabañas. Las chicharras ponen ese sonido característico de nuestros campestres rincones.

Pero dentro del bucólico paisaje, no faltaron las historias extrañas. Son parte de las historias que en el pasado eran la delicia de las noches oscuras del campo. Eran esos cuentos propiedad de los viejos que se relamían viendo los gestos de chicos y grandes que en silenciosa audiencia se acumulaban a su alrededor. Después, de boca en boca se convertían en leyendas. Suculentas leyendas que formaron el folclor de nuestros campesinos.

Son esas historias que, se quiera o no, ponen los cabellos de punta y hacen meditar en ese intervalo entre la vida y la muerte. Son como esa vidriera translúcida que apenas deja ver las formas del otro lado. Historias que se



nutren de lo que acontece, de lo que algunos observan y lo interpretan con tonos sobrenaturales. Fue durante nuestra estancia en el lugar que ocurrieron hechos que se convierten en crisoles donde se generan cuentos.

Al parecer, en la vieja casa ocurre actividad extraña, lo que hoy se denomina paranormal. Por ejemplo, la cocinera dormía en una de sus habitaciones y una noche observó una cadena que cerraba la puerta, que sin motivo alguno empezó a oscilar y a veces se detenía vertiginosamente en el punto medio de su recorrido. Luego, uno de los empleados realizó una grabación en un equipo que estaba probando. Cuando escuchó la grabación quedó de piedra al oír una voz de fondo, grave, pausada, hueca que negaba con un *hórrido noooo* rotundo, cargado de triste ironía, cuya vocal se estiraba hasta diluirse en el silencio de la noche.

No fueron hechos simultáneos pero llama la atención ese *no* fulminante que borra toda posibilidad al sí festivo. ¿Un *no* oponiéndose a cuál sí? ¿Un *no* oponiéndose a cuál acción? Un *no* cotidiano que quedó congelado en el tiempo de las paredes de la vivienda. Que negó algo cotidiano que ya no podremos saber, que ya no podremos conocer.

Un silente *no* que por casualidad quedó preservado en un medio electromagnético, emitido por una voz de ultratumba que estaba en desacuerdo con algo o con alguien. Un rotundo *no* que cobra matices de tristeza, o de súplica. En fin, es un *no* adherido a la historia de la casa y existirá hasta que esta no desaparezca, hasta que sea una sombra más en la cola del tiempo.

¿Cuál era el fin del movimiento de la cadena? ¿Asustar a una persona considerada intrusa? ¿Qué historia nos

debería transmitir ese inocente movimiento de un objeto a todas luces inerte? ¿Estará indicando, como un dedo invertido, esa señal oscilatoria del dedo índice que dice *no*. Un *no* sin sílabas pero igualmente rotundo?

Después, a los días de esos hechos, en una de las cabañas, a uno de los choferes le corrieron la cobija y justamente en ese momento un estudiante que dormía en la misma cabaña escuchó fuera una simpática risa infantil. ¡A las tres de la mañana! ¿El movimiento de la cobija y la risa son parte de un mismo fenómeno, o son independientes?

Podría ser un espíritu juguetón que se complace con la perplejidad de los vivos que confluyen en su tiempo y en su espacio. Pueden también ser parte de los seres del bosque, personas que fueron, pero que ahora son hadas, sílfides, que viven en la esencia del follaje. Espíritus que habitan felices en el verde sin fin del bosque y en las ondas de la quebrada. ¿Sería acaso mi musa que actuó de esa manera para sacudirme la modorra de la pluma?

Usted ¿qué opina?

